



Antonio de Ciudad Real

“De cómo prosiguió el padre comisario su visita”

p. 9-18

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

atadas, que pesan poco y hacen poco estorbo y mucho provecho; llámense en aquella lengua *tut*, y en la mexicana *zoyocal*.

[CAPÍTULO LIV]

De algunas cosas que pasaron en este tiempo en la provincia del Santo Evangelio de México

Aquel mismo día que el padre comisario general llegó a la provincia y guardianía de Ciquinala, o un día antes, que fue a trece o a catorce de julio, andando el provincial de México ejercitando su oficio, con la autoridad de la Audiencia y favor del virrey, llegó al valle de Toluca con tres o cuatro frailes, a una visita del convento de Calimaya, y porque comenzó a llover; tronar y relampaguear, lleno de miedo y temor se recogió con los dichos frailes a una ermita, por librarse del agua, y estando allí todos juntos, alrededor del provincial que estaba sentado en una silla, cayó un rayo y dio en la pared de la ermita, con que todos cayeron en tierra sin sentido (excepto el provincial, que por estar sentado no cayó), y estuvieron como media hora, pero volvieron en sí y el uno de ellos se halló sin la vista de un ojo, que aunque le tiene claro no ve con él cosa ninguna; los demás quedaron molidos y atormentados y el provincial no se pudo tener en los pies en gran rato. Todo esto se supo después de boca del mismo fraile que había perdido la vista, y no carece de misterio este caso a tal sazón y en tal tiempo; parece que el Señor quería por esta vía y con esta muestra y señal de su ira e indignación, apartar al provincial de aquel mal camino que había tomado y llevado, pero él se hizo sordo a este toque y llamamiento, como a otros muchos que adelante se verán.

[CAPÍTULO LV]

De cómo prosiguió el padre comisario su visita

Miércoles diez y seis de julio, habiendo el padre comisario general visitado los frailes de la guardianía de Ciquinala en el pueblo de Santiago, como dicho es, salió de aquel lugar antes que amaneciese, y andadas dos leguas y media por entre muchos cacauatales y pasados en ellos dos ríos y diez y

seis arroyos, llegó entre dos luces a otro pueblo de la misma guardiana, llamado Santo Domingo. Pasó de largo, y andada otra legua en que se pasan seis arroyos, llegó a un río grande y caudaloso que llaman de Santo Domingo, el cual corre por una barranca muy honda, y así tiene la bajada por una parte y por otra muy larga y empinada y no poco peligrosa; y desta manera son casi todos los ríos de aquella tierra, que van y corren casi todos por barrancas así muy hondas. Pasó el padre comisario aquel río en una barbacoa o zarzo de madera que hicieron los indios, a manera de andillas, en que iba sentado, y llevábanlas en los hombros y cabeza siete o ocho dellos con trabajo y pesadumbre porque iba el agua muy acanalada y con mucha furia y el río muy crecido, pero con mucha devoción y contento, y así fue Dios servido que le pasaron sin que nadie peligrase. El fraile que iba por guía, o de muy devoto o haciendo de valiente, fue adelante de los indios a pie, en túnica, atravesando el río junto a las mismas andillas, y llegando a un mal paso y hondo, turbóse y asíóse con fuerza de las andas, y con el peso puso a los pobres indios en peligro y en riesgo de dejar las andas, pero cesó presto esta turbación porque él hizo luego pie y los indios tuvieron ánimo y pasaron adelante hasta poner al padre comisario en tierra. Así pasaron al secretario y otro fraile; los demás pasaron a caballo, con no pequeño miedo por el gran ímpetu con que corría el río. Luego prosiguió el padre comisario su viaje, y subida la cuesta de la barranca con harta dificultad, porque era muy alta y tenía mucha piedra, y pasado un riachuelo y siete arroyos, y andadas dos leguas y media, llegó a un buen pueblo de los mismos indios achíes, llamado Patulul, visita de un convento nuestro llamado Tecpamatitlán, aunque en aquel capítulo se hizo presidencia y pusieron en él dos frailes, dándole otros pueblos de visita por estar todos muy lejos del convento sobredicho. Estaba allí el guardián con otro religioso, los cuales y los indios, que son muy devotos, recibieron muy bien al padre comisario y le hicieron mucha fiesta y caridad; ofreciéronle miel y plátanos y otras frutas. Desde allí comienza la provincia de los Xuchitepeques, muy fértil y abundante de cacao, y cógese por aquella comarca mucho algodón. Pasó el padre comisario aquella mañana muchos malos pasos y atolladeros, así al entrar y salir de los arroyos y ríos como en otras partes, porque la disposición de la tierra y el tiempo tan lluvioso ayudaban maravillosamente a todo esto. Hay por allí muchas barrancas y unas cuestras que los baqueanos en aquella provincia llaman cuestras sin piedad y sin misericordia, porque subidos los caminantes a lo alto no hay donde puedan las bestias en que van, descansar ni detenerse, porque no hay más de una loma o lomilla de un paso o dos de ancho, y luego es menester bajar; había por allí mucha langosta que destruía los maíces y era lástima ver cuales los dejaba. Aquella madrugada, con unas

yervas muy altas, anchas y agudas que había en el mismo camino, a manera de la masiega de España, se segó el padre comisario un dedo de la mano por una coyuntura; entró la cuchillada tan honda y con tanta sutileza que le salió mucha sangre y aunque en el Patulul le pusieron un poco de bálsamo con que se estancó la sangre y se cerró la herida, duróle después muchos meses y años el no tener fuerza en aquel dedo.

El mismo día después de comer salió el padre comisario de aquel pueblo entre las once y las doce, con un sol recísimo, por poder concluir la jornada antes que viniese el aguacero, y luego allí junto pasó por una puente de madera un río caudaloso, el cual dicen que sale de la laguna de Atitlán por debajo de unos cerros altísimos, y que por él se desagua dicha laguna; poquito más adelante pasó por el vado otro río no tan grande, y después un arroyo, y andada media legua larga llegó a un pueblecito pequeño llamado San Juan, de los mismos indios y visita; ofreciéronle plátanos y miel, y habiéndoselo agradecido pasó adelante, y andada legua y media por entre muchas y muy vistosas huertas de cacao, y pasados en este espacio un río y cuatro arroyos, llegó a otro buen pueblo llamado Santa Bárbara, de los mismos indios achíes, visita del convento de Atitlán, donde estaban los indios todo puestos en procesión, con cruz y música de flautas y trompetas, y le hicieron muy buen recibimiento, y le ofrecieron miel, gallinas, plátanos, huevos, truchas y una iguana; dioles las gracias y pasó de largo, y bajada allí cerca del pueblo una mala cuesta, por un camino a manera de escalera, llegó a un río grande que dicen de Santa Bárbara, lleno de piedras, de muy mal vado, por el cual le pasó con mucho peligro yendo en su compañía algunos indios, unos guiándole y otros asidos de los estribos, porque no se desviase la bestia en que iba del camino del vado, y para socorrerle de presto, si sucediese alguna desgracia, y la misma diligencia hicieron los indios con los demás frailes, porque el río iba muy crecido y ancho y tenía mal paso, no obstante que iba dividido en tres brazos, que a ir todo junto fuera imposible vadearle. Después anduvo una legua en que pasó diez y seis arroyos, y al fin, a las dos de la tarde llegó a un buen pueblo, visita también de Atitlán, llamado San Francisco, donde se le hizo muy buen recibimiento y gran fiesta de danzas y bailes, y le ofrecieron pescado, gallinas, plátanos y nances, y una gran jicara de *pinole*, que es maíz y cacao tostado y molido, con los cuales polvos, deshechos en una poca de agua y mezclada una poca de miel o azúcar, se hace una bebida muy fresca. Es aquel pueblo muy rico de cacao, y muy devoto de nuestro estado. Luego, en llegando el padre comisario, comenzó a llover, y duró el agua un buen rato; estaba allí el guardián de Atitlán, que le hizo mucha caridad y regalo.

Jueves diez y siete de julio salió el padre comisario de aquel lugar, muy de madrugada, sin saber qué hora fuese, porque estaba el cielo cubierto de nubes y no se pudo ver el norte, pero descubrióse poco después de haber comenzado a caminar, luego en saliendo del pueblo, y vióse por él que apenas era media noche. Prosiguió su viaje, y andada una gran legua de camino pedregoso, y pasados en ella catorce arroyos, llegó a un bonito pueblo de los mismos indios y guardianía, llamado San Andrés, donde con ser la hora referida se le hizo muy gran fiesta; salió toda la gente en procesión con su cruz y candelas blancas encendidas en las manos, y con una danza muy de ver, llenos todos de contento y regocijo de verle entrar en su pueblo. Dioles las gracias el padre comisario y pasó adelante, y bajada una gran cuesta pasó un río grande y de muchas piedras, alumbrándole los indios con teas encendidas. Después subió otra cuesta, y pasados tres arroyos pasó otro río mayor que el sobredicho, y luego otro no tan grande, el cual se pasa cuatro veces. Pasados después otros cuatro arroyos llegó a otro río muy grande y caudaloso que está dos leguas de San Andrés; iba tan ancho y con tanto ruido, y tenía tantas y tan grandes piedras que ponía espanto y pavor, y aunque alumbraban al padre comisario algunos indios con teas encendidas e iban otros junto a él para mayor seguridad, con todo esto se vio en grandísimo peligro para pasarle, porque iba furioso y con grandísimo ímpetu, y tenía el paso muy embarazado con piedras muy grandes; mas al fin con la ayuda de Dios se vencieron todas estas dificultades. Después pasó tres arroyos y un río, y finalmente, cuando ya quería amanecer llegó a un buen pueblo de los mismos indios y guardianía llamado San Bartolomé, una legua del río ancho y grande y tres del pueblo de San Andrés; ya estaba toda la gente junta, y después de haberle recibido con mucha devoción y fiesta, les dijo misa el padre comisario con que quedaron todos muy consolados. En este mismo pueblo se le hizo otra fiesta y recibimiento semejante, a los diez y seis de abril del mismo año, yendo de México para Guatemala. En aquel capítulo se pusieron en aquel pueblo dos frailes, un presidente y su compañero para que tuviesen cargo dél y del de San Andrés sobredicho, y de otros dos o tres, por estar muy lejos de Atitlán, de donde entonces eran visitas.

Las dos leguas de en medio, de las cuatro que anduvo el padre comisario aquella madrugada, son de camino muy malo y pestilencial, y más de noche y en tiempo de aguas como era aquél. Hay muchas cuestras que suben al cielo y bajan al abismo, y estaba la tierra tan robada con la mucha agua que había llovido, que fue menester apearse el padre comisario de la bestia en que iba, no una sino muchas veces. En otras partes había tanto barro y tan resbaloso, que iba la bestia resbalando y deslizando gran trecho aquellas cuestras abajo sin poderla contener. Pero fue Dios

servido que no cayese, aunque estuvo cuatro o cinco veces muy a punto de caer. Hay en aquel camino muchas heredades y huertas de cacao, a la una parte y a la otra, muy vistosas y que causan mucho contento y deleite a los caminantes.

En diciendo misa el padre comisario, que aún no había salido el sol, salió de San Bartolomé, y pasados siete arroyos y dos ríos, todos los más dellos por puentes de palo, y andada una buena legua entre muchos cacauatales, por camino muy malo de muchos barrizales y atolladeros, llegó a un buen pueblo llamado San Juan, visita de clérigos y de los mismos indios achíes, y de aquel obispado de Guatemala; pasó de largo, y andada media legua de camino semejante al pasado, y entre otros muchos cacauatales, y pasados en ella seis arroyos todos por puentes de madera, llegó a otro buen pueblo llamado San Antonio, de los mismos indios y obispado, beneficio de un clérigo, el cual le salió a recibir a la meitad del camino, y le acompañó hasta la salida de su pueblo. Este mismo clérigo le hizo gran recibimiento cuando iba de México y pasó por allí, como atrás queda dicho. Pasó adelante el padre comisario, y pasados otros seis o siete arroyos, y dos ríos, todos por puentes de madera, y andadas dos leguas no muy largas, llegó a las nueve de la mañana al pueblo y convento de Zamayac, donde fue muy bien recibido y se le hizo mucha fiesta y caridad. Es aquel pueblo de mediana población de indios achíes, y de los mismos son los de las visitas, y todos caen en el obispado de Guatemala, y en la provincia que llaman de Xuchitepec. Todos éstos son muy devotos de nuestro estado, y cuando encuentran algún fraile en el camino, ellos y ellas hacen una reverencia hasta el suelo. Andaban bien vestidos, y son ricos por el mucho cacao que cogen; véndenlo a los españoles y mercaderes, que acuden allí de toda la Nueva España a comprarlo y a rescatarlo por mantas, lienzos, ropas y otras mercancías. El convento es pequeño, de aposentos bajos, hechos de adobes y cubiertos de paja; la iglesia tenía la armazón de maderos y la cubierta asimesmo de paja; la vocación es de la concepción de nuestra Señora. Moraban allí dos frailes, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente hasta la tarde.

Viernes veintiocho de julio salió el padre comisario a las tres de la tarde de Zamayac con alguna sospecha de que se había de mojar, pero convínole salir porque no le quedase tan larga jornada para otro día, y luego en saliendo del pueblo comenzó a caer un aguacero de muy menuda agua, que no le dejó hasta que llegó a otro pueblo de los mismos indios y obispado, visita de clérigos, llamado Santiago Zambo, legua y media de Zamayac, en cuyo espacio se pasan veinte arroyos, todos por puentes de palo, y muchos cacauatales y una fuente que nace en el mismo camino. Pasó de largo el padre comisario, y pasados otros dos arroyos por puentes

de madera, comenzó a correr un viento tan recio y deshecho que desgajaba con su furia y fuerza las ramas de los árboles, y con él vino una tempestad y oscuridad tan grande que ponía gran miedo y espanto; alargó el paso el padre comisario viendo lo que pasaba, y en breve espacio de tiempo llegó a un poblecito pequeño llamado San Pedro, media legua de Santiago, de los mismos indios y obispado y de la misma visita de clérigos; consolóse mucho y dio gracias a Dios cuando a tal sazón llegó allí, y más porque imaginaba que estaba más lejos; luego en llegando se resolvió aquel viento y tempestad en agua y cayó un terrible aguacero, que a cogerle en el camino le hiciera mucho daño; hicieron los indios al padre comisario mucha caridad, y descansó allí aquella noche. Las casas de aquel pueblo tenían las paredes de cañas gruesas, abiertas de alto abajo por la una parte y extendidas, las cuales sirven de tablas y tablones, y había entre ellas alguna de tres cuartas de ancho y más; las cubiertas de las casas son de unas hojas como las de los plátanos, que en aquella lengua se llaman *bilhao*, y con las cañas sobredichas sin henderlas enmaderan las casas.

Sábado diez y nueve de julio salió el padre comisario muy de madrugada de aquel poblecito, con indios que le guiaban y alumbraban con teas encendidas; halló el camino muy malo y lleno de lodo y atolladeros, de mucho que aquella tarde y noche y los días atrás había llovido, y pasados veintiún arroyos y otras tantas barrancas por donde corren, y andadas dos leguas, llegó a las tres y media de la mañana a un poblecito llamado San Philipe, de los mismos indios, obispado y visita que el de San Pedro. Pasó de largo, y pasados cinco arroyos y una mala cuesta y muchos malos pasos, y andadas dos leguas de montaña muy alta, llegó ya de día a un gran río que llaman de Zamala, el cual lleva una furiosa corriente por entre peñas y peñascos, con un ruido que espanta; pasólo por una puente de madera muy corta, porque pasa por allí muy recogido, por una canal muy profunda, hecha en la viva peña, tan estrecha y angosta que no tiene dos varas de medir de ancho y pasa con tan recia corriente y furia que asombra; éste es el mismo río que pasó el padre comisario yendo de México a Guatemala, a los diez y seis de abril, antes que fuese de día, junto a un pueblo llamado San Martín, por otra puente de madera, como atrás queda dicho. Pasado aquel río prosiguió su viaje, caminando siempre cuesta arriba como lo había hecho desde San Philipe hasta allí; el camino era una senda muy estrecha llena de tantas barranquillas y hoyos que había hecho el agua, y con tantas raíces de árboles atravesadas, que la misma agua había descubierto, que las bestias iban reventando y los que iban en ellas daban por aquellas cuestas arriba por tan mal camino; pásase una barranca muy honda y bájase a ella por escalones hechos en la misma cuesta; estaba la subida peor que la bajada, porque era más larga y más

empinada y tenía más escalones; subiéndose con mucha dificultad y trabajo, y prosiguiendo luego el padre comisario su camino la cuesta arriba por otra senda como la pasada, llena de escalones y hoyos que el agua había hecho robándole la tierra, sin poder tener la bestia en que iba, le metió debajo de un árbol y le hizo dar con la cabeza en un gajo un tan gran golpe, que a estar verde el gajo se hiciera mucho mal, pero estaba seco y así se quebró luego dejándole en la cabeza una pequeña señal con una poca de sangre, sin ningún otro mal ni daño, lo cual se tuvo por merced y beneficio que Dios le quiso hacer; finalmente, harto ya de subir cuestras, andadas dos leguas, llegó a las ocho de la mañana a un poblecito de siete o ocho casas llamado Santa María de Jesús, de los mismos indios achíes y del obispado mismo de Guatemala, de la guardianía de Quetzaltenango, el cual está en un llanillo que se hace en la misma cuesta, puesto solamente allí para dar recabdo a los que la suben y bajan; halló en aquel pueblo muy descuidado al guardián de Quetzaltenango, no pensando ni creyendo que llegara tan presto por lo mucho que había llovido aquella noche; quiso decir misa y por falta de hostia no la dijo, descansó un rato y comió de una poca de conserva, y no pudiendo sufrir la persecución y tormento de los mosquitos volvió a su tarea y camino, y andadas otras dos leguas de cuesta arriba, aunque de mejor camino y más limpio que el de hasta allí, llegó a lo alto de la cuesta, donde estaban los trompeteros de Quetzaltenango y otros muchos indios, los cuales le fueron acompañando y haciendo fiesta otra legua que quedaba de camino llano por un valle de muchos pinares, ancho y espacioso, entre cerros altos de una parte y de otra. Ventaba por allí un aire tan fresco que como iba acanalado por aquel valle y el padre comisario subía de tierra caliente y aquélla es muy fría, hízole notabilísimo daño, aunque procuró abrigarse y arroparse el pecho, y fue en tanta manera que cuando llegó al pueblo y convento de Quetzaltenango, tres leguas de Santa María de Jesús, iba muy malo que no se podía tener en pie; hicieronle los indios muy solemne recibimiento, pero no bastó esto para que no le diese una recísima calentura efímera, que le duró más de cuarenta horas; estuvo muy enfermo y fatigado, con la calentura tan recia y grave, y tanto que le temieron los frailes, pero quiso Dios que no le durase más que el tiempo referido y que no le volviese ella ni otra, mas con todo esto escapó tan molido que tuvo necesidad de descansar otros dos días, que por todos fueron cuatro los que allí se detuvo. Hay en la subida de la cuesta sobredicha muchas encinas, o robles muy altos y muy gruesos, los cuales llevan bellotas tan grandes como huevos de gallinas de Castilla y aun mayores, no se comen porque son muy duras y amargas; hay también por allí montañas de sabinas, de pinos y pinabetos, de los cuales se

saca trementina muy clara y muy medicinal y el aceite tan precioso que llaman de abeto.

A los lados de aquel camino que el padre comisario subió aquel día hay dos volcanes muy altos, uno a la banda del norte y otro a la del sur, y llámense los volcanes de Quetzaltenango; junto al mismo camino a la banda del sur hay unas honduras y profundidades que espantan; por allí abajo cayó y rodó aquella mañana un caballo de un pobre indio que iba cargado de tea, y se hizo pedazos sin remedio ninguno. Cerca de Quetzaltenango, a la misma banda del sur, hay otro volcán no tan grande ni tan alto como los otros dos, el cual en sus vertientes, especial a la parte del sur, tiene mucha y muy buena piedra zufre, que por otro nombre se llama alcrebite, tan linda y acendrada, que para gastarle no tiene necesidad de purificarse; no hacen los indios caso della si no es cuando los frailes se la mandan traer; echa de sí aquel volcán algunas veces fuego, y los años pasados, según certificaron al padre comisario, reventó por un lado y despidió de sí muchas piedras y arena, derribándose dél un gran pedazo. Tiene Quetzaltenango mucha vecindad de indios achíes, los cuales con los demás de aquella guardanía, que también son achíes, caen al obispado de Guatemala; esá fundado aquel pueblo en un llano raso, descubierto al norte, donde no hay árbol ninguno y hace mucho frío, pero media legua de allí, entre oriente y mediodía, está un valle, en el cual hace calor y se dan naranjas, y hay una fuente de agua caliente y junto a ella otra de agua fría. Hay por aquella comarca buenos pastos para ganado menor y hay algunas estancias en que se comienza ya a criar alguno. Cerca de aquel pueblo estuvo el campo de los españoles detenido, cuando la conquista, seis o siete años, porque los indios, que son valientes, ayudados de la aspereza y fortaleza de la tierra, no los dejaban pasar adelante. El convento de Quetzaltenango no estaba acabado, como tampoco estaba acabada la iglesia, la cual llevaba buen edificio de tapiería con rafas de piedra y ladrillo y la habían ya comenzado a cubrir de teja, con muy buena enmaderación; la capilla mayor estaba acabada, de cal y canto y ladrillo, enmaderada de artesones y cubierta de teja; la vocación del convento es de Sancti-Espíritus; moraban en él tres religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos cuatro días, como ya está dicho.

Miércoles veintitrés de julio salió el padre comisario muy de día de Quetzaltenango, y caminando por unos llanos y dehesas maravillosas para ganado, pasó por una puente de madera un río y poco más adelante otro mayor por otra; este último es el río que llaman de Zamala, el que pasó otra vez por otra puente de madera, el día que llegó a Quetzaltenango; va por allí tan manso que no se oye según el sosiego con que corre. Luego subió una cuesta y pasó en ella un arroyo por otra puente de madera, y

subida otra mayor cuesta bajó después otra muy larga y empinada, por cuya hondura corre un buen arroyo; pasóle el padre comisario, y subida otra costezuela y andadas tres leguas largas, llegó al pueblo y convento de Totonicapa. Salióle a recibir el corregidor de aquella provincia y tres o cuatro españoles que residían en aquel pueblo y la justicia de los indios; hizósele mucha fiesta y un recibimiento muy solemne, ofreciéronle ramilletes de rosas y manzanas y gallinas de la tierra, y mucha fruta. Es aquel pueblo de mediana vecindad de indios achíes, está fundado en muy buen sitio, a la halda de muy altas sierras que tiene a la banda de oriente, y aun a la de el norte, pero éstas están desviadas, y así hace por allí mucho frío, y el norte mucho daño cuando vienta. Danse en aquel pueblo y su comarca muchas y muy buenas manzanas y algunos duraznos, y rosas y claveles, y todo género de hortalizas y legumbres. Un cuarto de legua de aquel pueblo, a la banda del sur, está una fuente de agua caliente, y de aquella agua toma el pueblo la denominación; los demás indios de la guardianía son también achíes y todos caen en el obispado de Guatemala. El convento estaba acabado, con claustro alto y bajo y celdas, hecho todo de adobes y cubierto de paja, la iglesia se iba haciendo y estaba acabada la capilla mayor, hecha al modo de la de Quetzaltenango; la vocación del convento, de San Miguel, y había en él una bonita huerta con agua de pie; residían en aquella casa dos frailes, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos sólo aquel día.

Jueves veinticuatro de julio salió el padre comisario de Totonicapa, poco antes que amaneciese, y pasado un arroyo dentro del mismo pueblo subió una muy larga y muy mala cuesta, que aunque tenía el camino aderezado es muy agra y dificultosa de subir. Amanecióle en lo alto, que es media legua del pueblo, y prosiguiendo su viaje, subiendo y bajando cuestas y atravesando barrancas y quebrados de malos pasos y reventones, andadas tres leguas, en que se pasan otros cuatro o cinco arroyos, llegó a un rancho, en el cual descansan las harrias que van y vienen de Guatemala. Luego pasó otro arroyo que corre allí junto y poco más adelante otro, después pasó una larguísima y penosísima cuesta de peor camino que el de la subida de la otra, así por estar más empinado y tener en partes muchas piedras, y en partes estar lleno de lodazales, como por ser más angosto y estrecho y no estar a la sazón aderezado sino muy derrumbado con lo mucho que había llovido. Tiene aquella cuesta media legua larga de bajada y corre por lo bajo un río; pasóle el padre comisario por el vado, el cual no era muy angosto porque tenía muchas y muy grandes piedras. Pasadas después cinco barrancas y otro río con otros cuatro o cinco arroyos, llegó entre las once y las doce del día al pueblo y convento de Tecpamatitlán, siete leguas de Totonicapa. Salióle a recibir toda la gente, así

indios como indias, vestidos todos de pascua. Tenían aderezado el camino muy de propósito más de una legua y enramadas las calles desde la entrada hasta la iglesia del convento; hubo muchas danzas y *mitotes* (que son los bailes a su moda), mostrando todos mucho contento, devoción y regocijo con la llegada del padre comisario general a su pueblo.

En aquel camino hay una yerba alta que lleva unas hojas grandes y anchas y hiede a ratones, y es tanta la que hay, en algunas partes junto al mismo camino, que da grandísima pena y fastidio a las narices de los caminantes y al estómago, mayormente si van en ayunas. Para entrar en Tecpamatitlán se baja una gran cuesta en cuyas faldas está fundado aquel pueblo, entre muchos cerrillos y barrancas, media legua de la laguna de Atitlán; cógese en aquel pueblo y en sus alrededores mucho y muy buen maíz, danse maravillosos duraznos, higos y otras frutas, hortalizas y legumbres de Castilla. En tiempo que llueve es combatido aquel pueblo de recios nortes y en tiempo de aguas tantas y tan espesas nieblas de mediodía para abajo, que no se ven las casas, y demás de causar tristeza y melancolía son muy dañosas a los ojos, y así hay en aquel pueblo mucho indios con nubes en ellos. Es pueblo grande, de indios achíes y de los mismos son los demás de la guardianía, y todos caen en el obispado sobredicho de Guatemala. El convento (cuya vocación es de la asunción de nuestra Señora) estaba acabado, con su claustro alto y bajo, dormitorios, iglesia y huerta: todo era edificio antiguo hecho de adobes y cubierto de teja; moraban allí cuatro frailes, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente, que fue la fiesta de Santiago, patrón de España, la cual celebraron los indios con mucha solemnidad y música.

Sábado veintiséis de julio salió el padre comisario de aquel pueblo a las tres y media de la mañana, y bajó una cuesta de media legua, tan empinada y de pasos tan malos que aunque los indios habían aderezado el camino y le iban alumbrando con candelas y teas encendidas, pasó en bajarla grandísimo trabajo. Pásase en ella un arroyo, y llegando a lo llano se pasa un río y después otro arroyo. Finalmente, antes que fuese de día llegó el padre comisario a un pueblo pequeño, media legua de Tecpamatitlán, y de aquella guardianía; halló juntos todos los indios, los cuales le recibieron con un *mitote* y con música de trompetas. Pasó de largo hasta llegar a la laguna que está un gran tiro de ballesta de allí, donde le aguardaban otros indios con tres canoas muy buenas en qué pasarle a Atitlán; en la una fue el padre comisario y su secretario y el *nauatlato*; en otra fue fray Lorenzo Cañizares y otro fraile; en la otra iba el hato y algunos indios.